

LA MALA MALINCHE

Daniel Fermani*

Prólogo

México-Tenochtitlán, la más poderosa de todas las ciudades de Mesoamérica en los siglos XIV y XV, fue fundada en 1325 y construida en un lago. Allí habitaban quinientas mil personas el día en que el conquistador español Hernán Cortés, con un puñado de hombres, llegó para tomar posesión de ella.

Muchas son las hipótesis que se entrelazan para explicar su derrota. Quizá la debilidad de Moctezuma, el rey de la ciudad, que cayó bajo las pedradas de la multitud por la presencia extranjera; quizá la envidia de los pueblos vecinos, que querían ver de rodillas la espléndida ciudad acuática.

Algunos dicen que fue una mujer, apodada la Malinche, la clave de la caída del imperio azteca.

Ella sabía todas las lenguas, y fue la intérprete del conquistador español.

La Historia juzgará a la Malinche como la gran traidora de los pueblos indígenas. Su hijo, nacido de la unión con Hernán Cortés, fue el primer mestizo del Nuevo Mundo. El joven fue ajusticiado por rebelarse contra el virrey de España, la tierra de su padre.

* El autor pertenece a la Universidad Nacional de La Rioja (Argentina) – Universidad de Congreso (Mendoza, Argentina); (danielfermani@danielfermani.com.ar)

Producción literaria recibida: 21 de febrero de 2018. Producción literaria aceptada: 30 de abril de 2018.

I- En el pueblo de la Malinche

Fiesta en el pueblo de la Malinche. El cacique de Tabasco, su padrastro, y su corte beben y se emborrachan. La Malinche está vestida como una diosa, sentada en un trono de pacotilla.

MALINCHE – Hoy es día de cuentas. Y se acabaron los cuentos. Ya sé que me han entregado a un extranjero que será nuevo señor de estas tierras. Y no me hablen de oráculos ni de predicciones. Arreglos políticos son. Y yo la prenda de cambio. Me hubieran pedido la virginidad, se las daba sin chistar. De qué me sirve. A cualquiera de mis compatriotas la hubiera dado para sacarme de encima ese compromiso absurdo.

Pero la vida

Ése es otro cuento.

Aquí se entregan las almas junto con las tierras y el poder. Y nadie dice nada. Qué hombres tuve a mi lado y hasta hoy creí que eran hombres.

Yo la Malinche moneda de cambio y pacto sellado para salvar la vida de estos miserables. Miserable mi padre, que padre mío no es, mi hermano que no me reconoce y mi cuñado que no lleva mi sangre. Todos ellos nada. Mi pueblo en Coatzacoalcos ya me había regalado.

Que se repita la historia.

No me importa.

Coatzacoalcos o Tabasco o Tenochtitlán o las naves de madera de los invasores.

Si tengo que dejarlos para servir a un patrón más fuerte

al menos que éste me demuestre que vale algo.

Poco le va a bastar para hacerlo, visto el ejemplo deplorable de mi familia y del pueblo que me adoptó.

Escrituras, dicen, presagios y predicciones, dicen. ¿Y yo qué? ¿Adónde está inscripto mi nombre?

¿Acaso las estrellas que se mueven en el cielo o las entrañas del águila montañesa llevan escrita mi suerte? ¿Malinche dice en la piedra sacrificial de este pacto? ¿Malinche se titula la crónica de las desventuras que me esperan?

Lo que deben saber mi padre, mi hermano mi cuñado mi pueblo; lo que deben saber es que la unión de la Malinche con el invasor no los va a salvar de la destrucción, ni de la miseria, ni del despojo ni del robo ni de la esclavitud.

Mi entrega costará muy cara.

A unos y a otros.

CACIQUE – Hija mía, que hija de mi sangre no sos y sin embargo te considero principal entre las jóvenes de mi reino. Hoy es día de festejo. Haremos un acuerdo con los señores venidos del océano para que respeten nuestro pueblo y nuestra familia. Uniremos, como es tradición, las dos sangres reinantes para que la sangre del pueblo no sea derramada.

Y todo volverá a reordenarse como se reordenan las estrellas en el cielo al llegar el alba.

CHAMÁN- La soledad es necesaria para concentrarse y cumplir los ritos propiciatorios. ¿A qué me obligan?

Debo hacer hablar a nuestros dioses que hablar no quieren con esos otros, los falsos dioses, aquéllos que vienen vestidos de metal y armas pisando fuerte como si todo ya les perteneciera.

Y les pertenecerá.

Para eso no hace falta consultar los oráculos.

Bastante ven mis ojos de hombre.

El cacique entrega una hija, parte de su tesoro, al conductor de los invasores. Antigua costumbre es entre pueblos antagónicos que miden sus fuerzas en el campo de batalla y luego alianzas hacen para detener la destrucción.

Pero qué alianza es ésta.

¿Dónde está el pueblo enemigo? ¿Dónde están sus palacios y sus templos de piedra eterna? ¿Dónde están sus dioses que con nuestros dioses contiendan en batalla singular?

¿Acaso dioses tienen éstos que llegan pisando tan estrepitosamente como si temieran que la tierra se les fuera a escapar de debajo de los pies?

¿Y cuál es el intercambio? Mujeres pálidas no nos dan a cambio de las nuestras, joyas de nuestra extirpe preciada. ¿Armas? No entregarán sus artilugios mecánicos a quienes podrían usarlos en su contra. Y lo demás, baratijas.

Milenios llevamos excavando las entrañas de ésta nuestra tierra bendecida. Conocemos cada mineral, cada roca, cada veta brillante. Y estos señores del mar nos muestran piedritas pintadas como si fueran valiosas.

Y lo peor de todo, lo peor de todo esto
es que fingimos.

Fingimos que tienen valor y damos a cambio verdaderos tesoros, mujeres que valen más que mil hombres, tierras que cultivaron nuestros dioses antes de que nosotros mismos tuviéramos pies para pisarlas, palabras que serán usadas para nuestra destrucción después de que fueron acuñadas en los antiquísimos templos de nuestros ancestros.

No.

Todo esto es un error.

Un error inimaginable.

Pero nada podemos hacer.

Dicen que estaba escrito. Que nuestra muerte estaba escrita.

Como si no estuviera escrita la muerte de cada uno de los hombres que pueblan la tierra de los dioses.

La procesión lleva a la Malinche en su trono de pacotilla a la presencia de Hernán Cortés, un español vestido de guerra y lleno de presunción.

HERNÁN CORTÉS - Desde este pueblo conquistó un imperio.

Dénme a esa mujer.

Joven es como yo joven ya no lo soy. Pero mi fuerza vale más que todas las artes de sus magias paganas. Llevo conmigo la luz de mi raza civilizada y la potencia avasalladora de mi ambición.

Dénme a esa mujer y la llevaré conmigo. A mi cama y a mi carro de triunfo permanecerá atada.

MALINCHE – Te advierto extranjero. Sé la lengua de mi pueblo y de los pueblos de toda esta extensa tierra objeto de tu codicia. Conozco el lenguaje de los misteriosos mayas del Yucatán y el arte de sobrevivir en los pantanos. Puedo ser una roca donde apoyes tu cabeza cansada
o la roca que caiga sobre tu cabeza para aplastarla.

CHAMÁN – Atento extranjero. Te llevás como botín una mujer que puede hacer rey a un hombre y puede hacer hombre a un rey.
Cuidado extranjero.

CACIQUE – Que este regalo, junto a las diecinueve jóvenes que la acompañan, junto al oro y las mantas que lo envuelven, detengan la mano armada de los extranjeros y sacien su codicia.

CORTÉS – Vamos ya. Basta de ceremonias. Mi destino es un reino, y no este pueblo de andrajosos.

II- Frente a Moctezuma Hernán se olvida de ser Cortés

Cortés somete a Moctezuma, rey de la Tenochtitlán azteca, y con él al imperio más poderoso de México.

MOCTEZUMA – Las estrellas habían revelado desde los tiempos de los antepasados mi propio destino. Señor sería de este reino hasta la llegada de los extranjeros, los que venían blancos del mar en naves silenciosas como cortezas flotantes.

Nada puede la fuerza ante lo que debe suceder.

Debilidad dicen que es. El pueblo me espera con piedras en las calles.

Yo, hombre-dios, encarnación de la serpiente emplumada. Incapaz soy de revertir el curso de la noche y el día. Sé que se acerca la oscuridad: lo sueño desde hace mucho. Y el tiempo me ha dado tiempo para acostumbrarme a la idea del final.

Pero el mismo tiempo construye la engañosa esperanza, la ilusión de lo eterno.

Eterno es para un hombre todo lo que tiene el mismo plazo de su vida, e injusto le parece aquello que acaba antes de que la muerte se lo lleve al otro reino, allí donde no será rey.

He aquí un hombre revestido de resplandeciente hierro y armado con instrumentos de muerte. Pero su arma más letal es el brillo de sus ojos ante nuestros altares de oro y nuestras joyas sagradas. El mismo brillo veo en los ojos de quienes lo acompañan.

Por eso sé que éste es el final de mi reino,
y de nuestro mundo.

Una mujer lo acompaña. La Malinche la llaman. Ella habla todas las lenguas.

Es la elegida de los dioses
para abrir el camino a los invasores.

CORTÉS – Ahora, rey de los aztecas, señor de Tenochtitlán, Moctezuma, ha llegado tu hora.

Yo soy el enviado.

Soy el nuevo dueño de tus tesoros, de tu poder y de tu vida misma.

Nada queda de vos, más que tu nombre, y ni siquiera eso quedará si no te sometés a mi espada y a esta cruz.

MALINCHE – El extranjero dice que el señor Moctezuma, dueño y rey de Tenochtitlán, debe evitar el derramamiento de sangre. Que su pueblo no se subleve a la presencia extranjera. Que no está aquí este hombre blanco vestido de hierro con sus hombres armados para hacerle daño ni para destruir su imperio, sino para negociar una paz duradera.

MOCTEZUMA – Cómo creer en las palabras de un extranjero, filtradas por la boca de una mujer que ha traicionado a su pueblo.

MALINCHE – Opciones no hay Moctezuma.

MOCTEZUMA – Comprendo que tampoco vos habrás tenido opciones. Nacida noble y vendida y vuelta a regalar como trofeo a los más fuertes. Y ahora otro nombre te ponen y vestida ya estás como en otro mundo se vestirán las mujeres de estos hombres pálidos de avaricia.

Sangre no se derramará por mi mano ni por mi voluntad.

Cómo ir contra lo que ya está decidido.
¿Qué quiere este hombre?

CORTÉS – Espero que Moctezuma haya comprendido que quiero todo. Lo de él y lo de los demás. Aquí no habrá otro señor que yo.
Y el rey de España, del otro lado del mar, que se sienta señor en la distancia.

MALINCHE – Moctezuma, señor de Tenochtitlán, el extranjero quiere pactar con vos un acuerdo de convivencia pacífica.

MOCTEZUMA – Ni siquiera tu buena voluntad, Malinche, logra disfrazar la mentira que intuyo.

El lenguaje del extranjero me resulta incomprensible como el graznido de las aves de rapiña que presiento sobre mi palacio.

Puedo leer los dibujos de las nubes en el cielo al mediodía y descifrar el tambor de la lluvia en las escaleras de las pirámides sagradas. Pero no sus palabras.

Sin embargo, sus ojos hablan de oro, sus manos de muerte, sus piernas de guerra y su vientre expele una sombra que se dilata bajo mis pies como la sombra de la misma muerte.

Ya conozco mi condena.
La condena de mi reino y de mi pueblo.
¿Qué tengo que hacer?

CORTÉS – Subir a la terraza de este palacio y anunciar al pueblo que yo, Hernán Cortés, soy el nuevo señor de Tenochtitlán y de todo el imperio azteca. A mí me deben obediencia y todo lo que hay en esta ciudad y en la vasta extensión del reino me pertenece, junto a sus vidas y a sus almas.

MALINCHE – Señor Moctezuma, debes subir a la terraza del palacio y anunciar a tu pueblo la visita del extranjero. Que sus hombres no les harán daño, que no hay por qué temer. Que su presencia en Tenochtitlán es pacífica y no deben ser agredidos.

Moctezuma sube las escaleras. Ruido y griterío de turba. Golpes.

CORTÉS - ¿Qué es ese ruido? ¿Por qué el pueblo humilla a su rey?

MALINCHE – Un rey que ya se ha humillado a sí mismo será humillado por todos. El pueblo reclama otro señor, de su sangre y de su raza. Un señor que no se doblegue ante el extranjero y que respete sus dioses.

CORTÉS – ¿El pueblo desconoce acaso que ese señor ya habita en el palacio?

MALINCHE – El pueblo sólo puede gritar y lanzar piedras.

CORTÉS – Conozco esas rebeliones. Entonces que bajen las manos y dejen esas piedras en el suelo.

Yo soy el nuevo rey.

III – La noche triste en que todos se murieron de risa

Hernán Cortés y sus hombres, y los indígenas aliados de los españoles, deben huir de Tenochtitlán como ratas por tirante ante la embestida de las fuerzas organizadas de la ciudad.

INDÍGENA ALIADO I - ¡A escapar! ¡A escapar! Me parece que nos equivocamos de bando.

INDÍGENA ALIADO II – Te lo dije, es mejor malo conocido que bueno por conocer. Ahora nos van a freir como lagartijas por traidores.

INDÍGENA ALIADO I – Ni en chiste. Yo ahora doy un rodeo a la ciudad y vuelvo por atrás, como si nunca hubiera salido de las filas de Tenochtitlán.

INDÍGENA ALIADO II - Tenés razón, vamos. Soldado que huye sirve para otra guerra.

CORTÉS - ¡Retirada! ¡Retirada!

Por ahora me voy, pero muy pronto voy a volver y con la ayuda de mis armas, mi dios y el rey de España, Tenochtitlán va a ser mía.

CHAMÁN – Dios le llaman al grito de guerra.

Curiosos dioses tienen los invasores.

Nada podrían sus dioses temibles y lastimeros si no fuera por las armas de metal que traen en las manos los hombres pálidos, por los extraordinarios animales que montan y por la ayuda de la Malinche, esa mujer que habla todas las lenguas y descifra al extranjero nuestros secretos.

Nuestros días están contados a partir de esta noche.

Qué lástima que sepamos contar.

MOCTEZUMA – Mi propio pueblo ha renegado de mí.

Los dioses de mis antepasados me han abandonado.

Mi ciudad comienza su cuenta regresiva hacia la nada.

El mundo concluye.

No es triste esta noche.

Es definitiva.

Victoria no es para los aztecas sino plazo, sentencia insoslayable.

¿Dónde quedó nuestro orgullo, dónde nuestro imperio y sus magníficos templos?

La historia del hombre es destrucción y muerte.
No teníamos por qué ser una excepción.

INDÍGENA ALIADO I - ¡Compañeros! ¡Compañeros! La lucha contra el invasor extranjero apenas ha comenzado, no bajemos la guardia. Tenemos que cuidarnos de los traidores, los extranjeros son pocos, y nosotros muchos.

INDIGENA ALIADO II – Mi hermano tiene razón, ¡Cuidado con los traidores! ¡Hay que cortar la cabeza de quien se vuelva contra Tenochtitlán y la Serpiente Emplumada!

IV- Hernán Cortés es un padre moderno y un marido modelo.

CORTÉS – Te casarás con mi teniente castellano Juan Jaramillo. Será sin dudas un buen marido. Yo ya estoy casado en España.

MALINCHE – Tenemos un hijo vos y yo. Se llama Martín.

CORTÉS – Otros hijos tendrás. Sos joven y fértil. Jaramillo estará contento de tener a la mujer de Hernán Cortés.

No me olvido de Martín. Lo haré instruir en el arte militar. Hará carrera, aunque no es blanco, lleva sangre europea.

MALINCHE – De niña me vendieron para dar lugar al hermano varón, hijo del segundo marido de mi madre. El cacique de Tabasco me crió en su palacio y cuando hubiera debido casarme con un príncipe o un cortesano, aparecen los extranjeros venidos del océano y nuevamente soy entregada a otras manos.
Mi destino nunca pude decidir.

Sin embargo te serví y te fui fiel.
No por amor ni por seducción del poder, sino por rabia, por hastío, por encontrar alguien que no me dejara ni me vendiera.
Mi astucia y mi inteligencia te permitieron avanzar en tus desenfrenadas conquistas. Con un puñado de hombres derrotaste un imperio.
Pero no te engañes, gran capitán, no fueron tus armas las que convencieron al rey Moctezuma y doblegaron la imponente Tenochtitlán a tus pies.
Fueron las palabras.
Fue mi lengua dúctil que transita las lenguas antiguas y las enlaza con esta nueva lengua venida de lejos y que suena como una pedrada en nuestros oídos acostumbrados a descifrar los sonidos del mundo.

Te serví y te fui fiel.
No hablo de otra cosa.

Y ahora me descartás junto a nuestro hijo que nombre mexicano no lleva sino el nombre de tu raza invasora.

Martín es el primer hijo de este avasallamiento, y ya ve cómo los invasores siguen pisoteando la raza de su madre, de la que está formado por la mitad.

Traidora podrá llamarme la historia, si historia va a quedar después de vos y de tus conquistas.
Traicionada fui desde mi nacimiento y traicionada me veo hasta el último día.

Sí, yo te ayudé a derrotar a los míos, porque los míos también me habían usado y me habían traicionado.

Y ahora vos hacés lo mismo.

Malinche me dicen desde que estoy a tu lado: estúpida deberían haberme puesto por nombre.

Triste puta para todo servicio.

Conozco tu lengua que suena a pedregullo, Hernán Cortés.

No podés engañarme.

Nada que salga de tu boca es verdadero para mí. Lo aprendí escuchándote, escuchando cómo demolías milenios de civilización con juegos de palabras.

No podés engañarme.

Tengo un hijo tuyo y no son palabras.

CORTÉS – Preparen el casamiento de Doña Marina con el teniente Juan Jaramillo.

Malinche no te llamas, sino Marina, como te he bautizado en nombre de la Santa Iglesia.

Y la historia te recordará bien, porque yo escribiré en mis crónicas que después de dios, le debemos la conquista de la Nueva España a doña Marina.

MALINCHE - Tal vez nada distinto de esto podía esperar.

Qué he sido y qué soy sino una mujer. Moneda de cambio. Una cama y una voz.

Deshechos están mi orgullo y mi rebeldía.

Sigo sometiéndome como lo hice lo hago lo haré Otra cosa no puedo No sé No aprendí

Y así mi pueblo y todos los pueblos míos de esta tierra bendecida condenada ahora

Malin-tzin he sido una vez, hija de nobles como hija de nobles dioses fue esta tierra
mexica y todos sus habitantes que los invasores llamarán aztecas

Que sigan buscando nuestros tesoros

Yo acabada estoy como mi pueblo

No supimos luchar O no supimos amar lo nuestro

Quizás los dioses estaban cansados y a otros dioses dejaban sus cetros

Quizás nuestras almas ya viejas alcanzaron la hora de irse para siempre y a otras almas
dejar estos lugares donde nuevas ciudades se erguirán nuevas razas nuevas injusticias que
ya las nuestras empiezan a borrarse en el olvido

Malin-tzi me habían llamado y después Malinche y Doña Marina me bautizaron y nada soy.

Es la última mano que se abre para recibir esta gastada moneda que aquí terminará su viaje. He recorrido el mundo sin moverme de las manos de mis patrones.

Es hora de que vaya haciendo mi equipaje.

JUAN JARAMILLO – Señora Doña Marina. Es para mí un gran honor recibirla como esposa. Un hijo tiene usted de mi gran comandante Hernán Cortés, vencedor del imperio azteca y conquistador de Tenochtitlán.

Una hija tendrá conmigo y así los nuevos Adán y Eva serán de este paraíso que fundamos para gloria y grandeza del rey de España.

Venga conmigo.

No sienta temor. ¿Por qué de sus tantas lenguas hoy no habla ninguna y parece que el

silencio fuera su idioma natal?

No importa.

Nosotros somos los señores de estas tierras y de su gente. Palabras o silencio ya no cuentan. Acuéstese allí, ése es su nuevo lecho nupcial. Y deje al niño si quiere: que la joven población de la Nueva España vea claramente quién está arriba y quién está abajo.

IV – También los grandes envejecen

Cortés escribe en su estudio de Castilleja. Está viejo y deslomado.

CORTÉS – Había imaginado el mundo como una gran conquista.

Ésa es la historia que estudié. ¿Acaso no conquistó Roma al gran imperio de Egipto, a Grecia, a toda Europa y sus pueblos? ¿Por qué no podía el rey de España extender sus dominios sobre aquella tierra verde poblada por gentes extrañas que, en definitiva, todos los sabíamos,

incluso el obispo, el cardenal y hasta el mismo Papa,

todos sabíamos que eran tan humanos como todos los humanos?

¿Por qué Hernán Cortés, que se embarcó sin haber cumplido los veinte años, y derrotó y conquistó el imperio azteca, y doblegó a sus gentes y destruyó sus templos y robó todos sus tesoros para el rey de España, y mató y esclavizó sin piedad en nombre de la Santa Romana Iglesia, ahora tiene que conformarse con un título honorífico que no le da riqueza ni poder?

¿Acaso era solamente eso lo que persiguió su espada en todos estos años en aquellas tierras fustigadas por nuestra avaricia?

Sin embargo, cuando todo declina, y veo erigirse sobre las ruinas de los aztecas los mismos templos que en mi patria, cuando veo trazar las mismas calles de España sobre las calles que pisaba el orgulloso Moctezuma, cuando veo reproducirse los gestos y las máscaras de Europa en los nuevos palacios que los adelantados erigen sobre los cimientos de Tenochtitlán,

comprendo que he llevado mis errores y mis vicios al nuevo mundo.

Tarde lo comprendo, y no sé si siento arrepentimiento o no.

Arrepentimiento podría sentir, sí, porque tanto crimen no me valió ni siquiera una fortuna y un lugar en la corte imperial.

Otra cosa no soy capaz de sentir.

Recuerdo a aquella joven que hablaba todas las lenguas.

Su hijo, también mío, fue ajusticiado por rebelión contra el virrey de España. Qué paradójico destino tuvo esa sangre mezclada en la que al final surgió la tardía rebelión.

Me pregunto si esa tierra que devastamos, esas ciudades que fundamos, esos dioses a los que enterramos vivos sin piedad; me pregunto si todo ello un día también se va a levantar, si va a volver de la tumba lo que ya no existe.

Si una mano conquistadora volverá a empujarlos al infierno.

Si estaré vivo para verlo.